



los embajadores en Roma el derecho de asilo para los criminales. Todos los príncipes pidieron las más terminantes explicaciones sobre la supresión de esta franquicia. Luis XIV fué el único que no siguió este ejemplo; su embajador desconoció en tales términos los derechos del papa, que las personas de su servidumbre se condujeron en Roma como un ejército en país conquistado. Luis XIV hizo ocupar á Avignon, y apeló del papa á un concilio universal. Al mismo tiempo, continuaba con igual empeño que antes la controversia sobre la regalía. Inocencio había admitido la apelación de los obispos de Pamiers y de Alais. El rey, por su lado, reunió al clero de Francia, á quien supo ganar, y de quien obtuvo la famosa declaración de 1682, que contenía los cuatro artículos, base de las pretendidas libertades galicanas. Protestó el papa contra esta declaración cuando el rey de Francia mandó su observancia en todo el reino; pero el golpe se había dado, y era un golpe muy sensible. El piadoso pontífice, á quien el pueblo honraba como á un santo, no halló consuelo para estas amarguras en el momento de su muerte, sino en la victoria alcanzada por Juan Sobieski sobre los turcos delante de Viena, en la rápida propagación del Evangelio entre los idólatras, y en la diputación que enviaron á Roma diversos obispos cismáticos de Oriente para dar un testimonio de su sumisión á la Santa Sede.

Inocencio fué reemplazado por Alejandro VIII (Ottononi, 1689 á 91). Alejandro, natural de Venecia, sostuvo á su patria contra los turcos, obtuvo de Luis XIV la restitución de Avignon y del condado Venecino, sin que esto le impidiera condenar por una bula los cuatro artículos de la iglesia galicana. La reina Cristina le legó la rica colección que llegó á ser la biblioteca del Vaticano. El nepotismo de Alejandro oscureció desgraciadamente su memoria.

Inocencio XII (Pignatelli, 1691-1700), elegido después de Alejandro, siguió las huellas de Inocencio XI; prohibió expresamente por una bula el nepotismo, publicó útiles y severos decretos para la ejecución de la justicia y el arreglo de las costumbres en los Estados de la Iglesia, y se ocupó sobre todo de los pobres, á

quienes llamaba sus sobrinos, y para quienes había convertido en una especie de hospital el palacio de Letran. Después de amargas experiencias, se vió Luis XIV obligado á permitir á los obispos de Francia que escribiesen al papa que se hallaban afligidos por las conclusiones de la asamblea de 1682, y que las consideraban como inválidas. El mismo rey había escrito antes al papa que tenía el placer de poner en conocimiento de Su Santidad, que había dado orden para que las disposiciones á que le habían obligado las circunstancias en su ordenanza de 2 de Marzo de 1682, quedasen sin efecto en lo relativo á la declaración del clero de Francia. El papa concedió entonces la institución de los obispos nombrados, que había dilatado hasta aquella época.

La historia de España desde los días de Felipe III hasta la paz de Utrecht, nos ofrece el siguiente cuadro:

Felipe IV, hijo de Felipe III, era de poca disposición para el gobierno; pero en cambio fué muy dado á los placeres y á la amena literatura. Tuvo por primer ministro á su favorito D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, que tampoco era muy entendido en cosas de Estado; pero sí muy presumido y ambicioso de popularidad y de gloria, por lo que renunció á la política conservadora del duque de Lerma, y aspiró á engrandecer la monarquía. Al efecto, reorganizó los antiguos y valientes tercios españoles, y declaró la guerra á la Holanda, Alemania, Italia, Francia é Inglaterra.

Apenas hubo espirado la tregua de doce años concluida con la Holanda, cuando se volvió á las armas con el mismo empeño que anteriormente, continuando por ambas partes la porfía y el encarnizamiento. La fortuna se declaró tan varia, que aunque los españoles alcanzaron victorias sumamente gloriosas, no ménos las consiguieron también muy importantes los holandeses, así por tierra como por mar. Complicándose esta guerra con la general entonces en Europa de treinta años, terminó con el tratado de Munster, en que Felipe IV hubo de confirmar la independencia de las provincias unidas, abandonando todas sus conquistas.



La guerra con la Francia apenas subió al ministerio Richelieu, tuvo su causa en la antigua rivalidad entre Francia y Alemania, en el pensamiento político de ese ministro de abatir la casa de Austria en sus dos ramas española y austriaca; pero dando motivo á ella la muerte, sin sucesión legítima, de Vicente Gonzaga, duque de Mantua, por entrar en posesión de ese ducado el de Nevers con apoyo de la Francia y á disgusto de Felipe IV. La guerra empezó en Italia por aquel punto que ponía en comunicación al rey de España con el emperador de Alemania. Este punto era precisamente la Valtelina. De suerte que, apoderándose Richelieu, como lo hizo, de la Valtelina, adquirió una entrada importante para pasar á Italia, interrumpiendo el medio de comunicación entre España y Austria. Los demás hechos de armas que se siguieron pertenecen á la guerra general de treinta años.

Tuvo principio este hecho con la muerte del archiduque Alberto sin sucesión, porque según los tratados anteriores, debían volver estos estados al rey de España. Los flamencos probaron á impedir esta nueva agregación; se negaron á reconocer por gobernadora, á nombre de Felipe IV, á la viuda del Archiduque, Isabel Clara, é intentaron formar una república á imitación de la Holanda. Espinola y el cardenal infante D. Fernando, hermano del rey, que entró á gobernar después de la archiduquesa, los sujetaron, siguiendo esta guerra las alternativas de la general de treinta años hasta el tratado de los Pirineos. En todos estos movimientos jugaba ocultamente la política de Richelieu, que continuaba en el sistema de debilitar el poder de la casa de Austria, tanto más cuanto que esta diversion de fuerzas le era entonces muy oportuna para realizar sus planes sobre la Valtelina.

La insurrección de Cataluña denota ya el gran decaimiento de la monarquía española. El conde-duque de Olivares, después de haber armado contra España la Europa entera, sublevó á Cataluña con la intención secreta, decía, de quitarla sus privilegios. Los catalanes estaban quejosos de la duración de la guerra con la Francia por las incomodidades que su-

frian á consecuencia del paso continuo de tropas. Indispuestos además los ánimos por la violación de algunos de sus privilegios y del ningún fruto que habían producido sus reclamaciones á la corte de Madrid, se hallaban demasiado propensos á tomar un partido violento, cuando la imprudente dureza del conde-duque de Olivares puso el colmo á su indignación, y lo que empezó por un motín del pueblo, que á tiempo se pudo sofocar, se convirtió en una insurrección formal en todo el principado, y acabó por una sangrienta guerra contra el monarca.

No pudiendo los catalanes sostenerse en este estado de insurrección sin el auxilio de algún príncipe extranjero, despacharon embajadores á Luis XIII, rey de Francia, para que reconociéndolos por vasallos les dispensase su protección. Mas como esto no se arreglase tan prontamente como era de desear, tomaron el partido de erigirse en república independiente. Siguióse la guerra once años con variedad de acontecimientos, ya prósperos, ya adversos, por una y otra parte, hasta que bloqueada Barcelona, hubo de entregarse á los valerosos caudillos marqués de Mortara y D. Juan de Austria, hijo natural este último de Felipe IV, concediendo á los catalanes sus antiguos fueros y privilegios.

Hacia ya tiempo que los portugueses, fatigados de guerras tan largas y descontentos de la dominación castellana, meditaban en secreto sacudir una dependencia que, á su parecer, les humillaba, cuando una orden del conde-duque para que parte de la nobleza y crecido número de tropas nacionales marchasen contra Cataluña, acabó de indisponer los ánimos y maduró la conspiración que se había tramado en Lisboa con impenetrable sigilo, para colocar sobre el trono portugués al duque de Braganza, como efectivamente fué proclamado con el nombre de Juan IV. Esta nueva calamidad, sobre tantas como afligían á España, fué origen de una nueva guerra, que concluyó en la desgraciada batalla de Villaviciosa, á que se siguió á los tres años la paz de Lisboa, quedando este reino separado de la monarquía castellana y con las posesiones que tenía antes de su incorporación.



La pérdida de Portugal fué el acontecimiento que acabó de desconcepcionar al conde-duque, ya sobradamente desacreditado por su mala administracion, que era la causa de todos los males que afligian al reino. Todos clamaban por su separacion: los grandes se retiraban de la corte; el pueblo, triste y silencioso, no daba ya aquellas señales de afecto acostumbradas cuando el rey aparecía en público; pero nadie osaba rasgar el velo que le ocultaba los desaciertos de su favorito. Hubo que interesar á la reina y á la corte de Viena, y despues de veintidos años de ministerio, se retiró á la vida privada.

Entró á sucederle D. Luis de Haro, su sobrino, iniciado ya en la política y admitido en los consejos del rey, y el cual, aunque no cambió de sistema de gobierno, fué más prudente y más moderado en sus pretensiones que el tío. El nuevo ministro trató seriamente de disminuir el número de enemigos: era ya tarde; el impulso estaba dado, y aunque por entonces habia fallecido Richelieu, el poder residía en manos de Mazarino, que continuaba la guerra con no ménos vigor. En Flandes se dió la famosa batalla de Rocroy, fatal, porque en ella quedó vencida por primera vez aquella terrible infantería española, que desde los tiempos del Gran Capitan habia ligado la victoria á sus banderas.

Como el mal ejemplo se propaga á manera de pernicioso contagio, á la sublevacion de Cataluña y Portugal se siguieron las de Nápoles y Sicilia. La de Sicilia se sosegó luego; mas la de Nápoles, cuyo autor fué un pescador llamado Tomás Aniello, nombre vulgarizado con el de Masaniello, fué más seria. Se pensó en establecer una república bajo la proteccion de la Francia, convidando con su presidencia al duque de Guisa, á quien se le confirió el título de Dux. La Francia envió al duque con una poderosa escuadra; pero antes de mucho, el virey duque de Arcos y D. Juan de Austria, sostenidos por la nobleza napolitana, no sólo aplacaron la sedicion, sino que hicieron prisionero al de Guisa, que, enviado á España, permaneció custodiado en el alcázar de Segovia.

Por entonces se terminó la guerra de treint

ta años con el tratado de Westfalia. La España no fué comprendida en esta paz, porque se negó á ceder á la Francia el Franco-Condado y el Rosellon, que pedia Mazarino. Hubo de continuarse la guerra entre Francia y España, no muy favorable para esta, á pesar de que, desgarrada la corte de Francia por sus divisiones intestinas, contribuía ella misma á la prosperidad de su rival.

Por último, no llevando trazas de concluirse la guerra, y apurado Mazarino en Francia, volvió á pedir á Felipe IV la paz, que se firmó en la isleta que forma el rio Bidasoa en las fronteras de ambos reinos, llamada de los Faisanes. Este tratado, conocido con el nombre de los Pirineos, y que fué el complemento del de Westfalia, contenía los artículos siguientes, como más principales: casamiento de Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV, renunciando la infanta los derechos que en cualquier tiempo pudiera tener á la corona de España; cesion á la Francia del Rosellon, del Conflant y de una parte del Artois, restituyendo los franceses las demás conquistas que habian hecho.

Felipe IV sobrevivió seis años á este tratado. El reinado de Felipe IV, llamado el *Grande*, sin que se sepa *por qué*, ha sido uno de los más desgraciados de nuestra historia. En él continuó más rápidamente la decadencia de la monarquía española. Perdimos en *estados*, en *reputacion* militar y en *consideracion* política. El Portugal independiente, la Jamaica conquistada por los ingleses, y los países cedidos á la Francia en la paz de los Pirineos, fueron pérdidas hasta ahora irreparables. Y en el tratado de los Pirineos se nos quitó el puesto de primera potencia dominante en Europa, y pasó á Francia.

Cárlos II sucedió á su padre Felipe IV, á la edad de cuatro años y bajo la tutela de su madre María Ana de Austria, ayudada de una junta instituida por el rey difunto. Las confianzas, honores y manejos en las cosas del estado con que la reina madre empezó á distinguir á su confesor el jesuita aleman Fr. Juan Everardo Nithard, no fueron del agrado de los cortesanos, y mucho ménos de D. Juan de Austria, que se creía poco considerado. Este asunto paró



en sublevarse D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, en tumultuarse el pueblo de Madrid, saliendo desterrado el P. Nithard. A este sucedió en el favor D. Fernando Valenzuela, casado con una camarista de la reina. En esto, Cárlos II llegó á la mayor edad. Valenzuela huyó al Escorial, y todo eso dió origen á desacatos y sucesos muy ruidosos, siendo reemplazado al fin por D. Juan de Austria, que no valía más que el P. Nithard y Valenzuela. Durante este reinado tuvo lugar el último período de la guerra general europea contra Luis XIV.

Concluida esta guerra extranjera, comenzó otra diplomática en la corte de Madrid, originada de la situacion lastimosa del rey, enfermo de ánimo y de cuerpo, y de la gran cuestion de la sucesion de la corona, que por entonces comenzaba á ventilarse; porque Cárlos II, no obstante estar casado de segunda vez, no tenia sucesion, ni el estado de su salud daba esperanzas de que la tuviese. Esto hizo que se formasen dos partidos en la corte: el austriaco, sostenido por la reina María Ana de Neobourg, por el primer ministro el conde de Oropesa y el conde de Harach, embajador del emperador Leopoldo; y el francés, al frente del cual estaba el cardenal Portocarrero, el inquisidor general Rocaberti y el embajador francés, conde de Harcourt.

En tanto que estos partidos se hacian una guerra cruda y vivísima en la corte por medio de intrigas palaciegas, escándalos y motines, cada cual por conseguir que el sucesor designado por Cárlos II fuera el de su nacion, las cortes extranjeras, atentas á evitar una guerra general y á que se rompiese el equilibrio europeo, trataron de repartir la monarquía española entre todos los que alegaban algun derecho. En efecto, en el tratado del Haya se dispuso de la monarquía española como una compañía de comercio dispone de su capital. Habiéndose frustrado este primer repartimiento por la muerte del duque de Baviera, á quien se daban la España y las Indias, se firmó un nuevo tratado de repartimiento en Londres.

Cárlos II, indignado de esta usurpacion hecha á su persona y á la independencia de su nacion, recogió un momento todas sus fuerzas

para nombrar sucesor; pero se encontró otra vez, como tantas, dudoso y embarazado con las pretensiones de su casa y la de los Borbones. Redoblando estos sus esfuerzos, y haciendo que el caso se elevase en consulta al papa Inocencio XII, poco afecto á la casa de Austria, así como los cardenales que informaron, y habiéndose resuelto favorablemente á aquellos, Cárlos II hizo por fin su testamento el 21 de Octubre de 1700, nombrando heredero de todos sus estados á Felipe de Anjou, Borbon, muriendo el 29 del mismo mes.

Cárlos II fué el último monarca de la poderosa casa de Austria, que contribuyó á la más alta grandeza, así como al mayor decaimiento de la potencia española. Ya desde los últimos tiempos de Felipe II habia comenzado á decaer en todos los órdenes: en las armas, porque nuestras tropas fueron vencidas y comenzamos á perder las posesiones que tanta sangre habia costado adquirir; en las letras, porque un sinnúmero de falsarios inundaron nuestra Historia con falsos y absurdos cronicones, y convirtieron la pura y clara lengua de Cervantes en una algarabía afectada é ininteligible, conocida con el nombre de *gongorismo*; las artes se empobrecieron, recargándose con adornos del peor gusto posible, llamado estilo churrigueresco; las costumbres en todas las clases de la sociedad eran una mezcla de impiedad y superchería; y vireinatos, gobiernos políticos, tenencias militares, todo se vendió. Tanta era nuestra pobreza, que no existía en España ni un navío, ni un general, ni un buen político; nada, en fin, de lo que constituye la fuerza, la seguridad ó la gloria de una nacion. Sólo quedó en pié el carácter nacional, que bastó para restaurar la monarquía española en los reinados de la casa de Borbon.

A principios del siglo XVII, y durante los reinados de Felipe III y Felipe IV, fueron notables por su santidad: San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías de la Madre de Dios; el beato Simon de Rojas; la beata María de Jesús; la venerable madre Agreda y el venerable Palafox.

Y por sus escritos, sobresalieron: el venerable Palafox, Nierenberg, Suarez, Caramuel,



el cardenal Aguirre, Villaroel, Salgado, Solórzano, Ramos del Manzano, Gonzalez de Salcedo, Miguel de Cervantes, Nicolás Antonio, el padre Juan de Mariana, Perez de Hita, Sandoval, Colmenar, Fr. Antonio de Yepes, Saavedra Fajardo, Melo, Solís, Lope de Vega, Góngora, D. Francisco de Quevedo, los dos Argensolas, Calderon, Tirso de Molina, Rioja, Moreto y Alarcon.

Luego que Luis XIV aceptó el testamento de Carlos II y fué declarado rey de España don Felipe V, su nieto, duque de Anjou é hijo segundo del delfín, vino D. Felipe á Madrid, siendo recibido en esta córte con grandes muestras de entusiasmo. Y reunidas luego las Cortes de Castilla para prestarle el juramento de fidelidad, como lo hicieron, quedó confirmado rey de Castilla. Reconocido tambien en las Cortes de Cataluña y Aragon, eran incontestables los derechos del nieto de María Teresa en toda la Península y estados adyacentes.

Pero la casa de Austria, por el sentimiento de perder la corona de España, por la antigua rivalidad con la Francia y por envidia personal á Luis XIV, protestó contra la proclamacion de Felipe V, promoviendo el emperador Leopoldo una coalicion contra los Borbones, á pretexto de impedir el engrandecimiento de Luis XIV y de conservar el equilibrio europeo. El Austria, la Inglaterra, la Holanda, el elector de Brandenburgo (después rey de Prusia), el duque de Saboya y el rey de Portugal, ajustaron un tratado en La Haya, conocido con el nombre de *Grande Alianza*, contra la Francia y la España.

Así las cosas, fué imposible todo acomodamiento, y dió principio la guerra, que se ha llamado de *Sucesion*, porque en ella se peleó por la sucesion á la corona de España. La primera campaña empezó por la Lombardia y demás estados españoles en Italia, extendiéndose después á los Países-Bajos, la Alemania y principalmente á las costas de España. Ninguno mereció exclusivamente en esta campaña los honores de la victoria; porque si bien la escuadra combinada holandesa é inglesa tomó el puerto de Santa María y batió con grandes pérdidas en las aguas de Vigo á la española y francesa,

tambien es cierto que Felipe V ganó en Italia á los imperiales las batallas de Santa Victoria y de Lúzara.

No así en la campaña de 1704, en que comenzó á declararse la fortuna contra los Borbones. En la parte de acá desembarcó el archiduque Carlos en Lisboa con nueve mil ingleses; el almirante inglés Rooke se apoderó de la importante plaza de Gibraltar, y en Alemania, reunidos en el Danubio los ejércitos del príncipe Eugenio y de Malborough, dieron en Hochttest una terrible rota al ejército francés, obligándole á evacuar la Alemania. La siguiente fué desastrosa en España, porque Cataluña, Valencia y Aragon se sublevaron á favor del archiduque, quedando solamente Castilla por Felipe V. La de 1706 fué la más desgraciada de la guerra para las dos coronas, señaladamente para la española, que perdió á Alicante, las Islas Baleares, el Milanesado y los Países-Bajos; estos últimos, á consecuencia de la derrota del ejército francés en Ramilliers. En la campaña de 1707 se perdió á Nápoles; mas esta pérdida fué compensada con la célebre batalla de Almansa, ganada por el duque de Berwick contra los imperiales, cuyas consecuencias fueron la reconquista de Valencia, Aragon y Lérida, y haber valido á Felipe V en mucha parte su corona. La del año siguiente volvió á dar el triunfo á los aliados, que se apoderaron de Orange, Cerdeña y Menorca.

La primera es notable por un hecho de armas solamente, por la batalla de Malplaquet, la más reñida y sangrienta de esta guerra, ganada por Eugenio y Malborough contra Villars, el mejor general francés entonces. Este golpe fatal obligó al monarca francés á pedir la paz, que desecharon los aliados, si no se ofrecia él mismo á arrojar de España á su nieto Felipe V en el término de dos meses. Estas condiciones tan duras y tan irritantes indignaron al pueblo francés, que ofreció de nuevo sus intereses y su vida para sostener la dignidad del trono, y desde este momento, por un concurso feliz de circunstancias, cambiaron de repente las cosas á favor de Luis XIV y de su nieto.

Atribuyendo Felipe su poca fortuna en la guerra á la incapacidad de sus generales, pi-



dió por todo auxilio á su abuelo que le enviase al duque de Vandoma. Su presencia llenó al rey y á la nacion de esperanzas. D. Felipe, unido ya con el duque de Vandoma, se fué en busca del enemigo, á quien encontró en las llanuras de Villaviciosa, no lejos de la córte, empuñándose la accion más notable de esta campaña y una de las más vivas de la guerra, viéndose precisado el general alemán Starenberg á ceder el campo de batalla y á tomar el camino de Aragon. La batalla de Denain, ganada por Villars sobre el príncipe Eugenio, fué tambien un golpe terrible para la liga, que inspiró al Austria intenciones más pacíficas.

Desesperando los aliados de establecerse en España, y mucho ménos de arrancar á D. Felipe una corona que defendia con tanto valor, al que debió el justo renombre de Animoso con que le ha apellidado la Historia, empezaron á disgustarse de la guerra, terminada con la paz de Utrecht.

ÉPOCA DÉCIMA SÉTIMA

El siglo décimo octavo

Años
después de
J.-C.
1713 á 1789

Los cálculos de la política mercantil, el espíritu de las monarquías militares, la negacion de los dogmas, los extravíos del grosero materialismo, la arrogante sofistería, el egoismo de los corazones filantrópicos, el odio á lo antiguo y el amor á lo desconocido, retratan fielmente esta época de la Historia, que tantas lágrimas ha hecho verter á la criatura y tantos dias de dolor y amarga agonía ha preparado á la humanidad y á la Iglesia, no reparadas aún ni garantidas en la existencia de una vida estable, antes bien empujadas por una senda de continuos vaivenes y trastornos, tan sólo contrapeados por la tradicion católica y las arraigadas creencias. El siglo XVIII puso, por decirlo así, de su parte cuanto le enseñaron de perturbador los siglos XVI y XVII, para preparar el triunfo de las modernas revoluciones, y singularmente la engendrada en su seno, olvidando todo lo grande que en ciencias, en artes, en virtudes y en glorias y libertades sociales, le pudo sujerir la memoria de la Edad Media.

Más de una vez hemos consignado en estos estudios preliminares de la Historia la mani-

fiesta accion de lo moral en lo material, el bienestar de los pueblos y naciones en armonía con la práctica sincera de la ley providencial del orden por que se rigen y gobiernan los seres espirituales y libres, y en el siglo XVIII, sin duda, forman contraste las nuevas creencias que aparecen y se propagan con las nuevas teorías de rebelion é incredulidad, no madres, antes bien verdugos de las libertades populares.

Cuanto más se aleja el hombre de Dios, más se avecina al influjo de la bárbara tiranía, y reyes y pueblos, esclavos y déspotas á la vez de las doctrinas de soberbia, ni hallan paz en su conciencia, ni reposo en la vida íntima social. Este triste siglo XVIII, grande en preparativos revolucionarios, carece de sábios, de artistas, de guerreros de primer orden, y sólo cuenta preciosas figuras de bufones ateos, niños ó locos murmurando en todos los tonos de la antigua sabiduría y de la divina tradicion, prorumpiendo en blasfemos gracejos unas veces para adular á los reyes, y otras para enloquecer á la grotesca plebe, fanatizada por el influjo de tan nuevas como peregrinas enseñanzas. Las universidades van preparando huesos de cándida y generosa juventud, que aleccionada en el error, será luego el ejército de la revolucion. La persecucion á lo más noble y distinguido de entre los espíritus y órdenes de virtud y ciencia, tan injusta como violentamente llevada á cabo, principia en Portugal, el que primero da el grito de tiránica persecucion á los centinelas de la doctrina católica, trasmitiéndole rápidamente á todo el mundo, fingiéndose crímenes y parodiando expedientes la torpe mano del odio mal encubierto y de la incredulidad triunfantes.

Todo ha concluido: ya no existe el generoso sentimiento importado al Occidente de Europa por los pueblos del Norte en los siglos VIII, IX y X, ni las creencias firmes de los siglos XI y XII, ni el espíritu de las cruzadas, ni la gloria de los combates, ni el aliento de los descubrimientos, ni el amor á las libertades ordenadas de los antiguos municipios, ni el respetuoso entusiasmo por la monarquía, ni la creciente actividad en los monasterios,



ni la bulliciosa concurrencia á las universidades de París, Oxford y Salamanca; todo es nueva direccion, todo tiende á divinizar lo humano, á ensalzar la memoria de Lutero y de Descartes, á ridiculizar todo lo grande, todo lo bello, todo lo bueno; el mundo, en fin, como hijo pródigo, se sienta en sombras de muerte, y quiere fingir en ellas la alegría falaz de la enloquecida perturbacion de las conciencias, señalando á la humanidad el camino de un falso progreso, que no tiende al logro de lo bueno, porque empieza por alejarse del bien, única ley del progreso humano, único término de la vida del hombre.

Señalaremos brevemente, siguiendo á un expositor, los hechos más notables del movimiento en la vida histórica en este siglo XVIII.

Desesperando los aliados, como decíamos al finalizar la época anterior, de establecerse en España y de arrancar á D. Felipe una corona que defendía con tanto valor, empezaron á disgustarse de la guerra. La muerte del emperador José I, acaecida entonces, acabó de desconcertar la liga, porque llamado al trono su hermano el archiduque, el pretendiente á la corona de España, si el deseo de mantener el equilibrio de Europa había servido de motivo para tomar las armas contra los Borbones, era consiguiente que tampoco mirasen con indiferencia la reunion en una misma cabeza de todas las coronas que en otro tiempo habían hecho tan formidable al Austria.

En su consecuencia, comenzaron las conferencias para la paz, que se hizo en Utrecht entre la Inglaterra, España, Francia, Holanda, Portugal, Prusia y la Saboya. En virtud de ese tratado, D. Felipe es reconocido soberano de España é Indias, supuesta la renuncia á la corona de Francia en todo evento; la Inglaterra conserva á Gibraltar y la isla de Menorca; el duque de Saboya es declarado rey por la adjudicacion de la Sicilia; el rey de Prusia es confirmado en el título de rey, y declarado soberano legítimo de Neufchatel. El año siguiente se firmó el tratado de Rastadt entre la Francia y el emperador de Alemania, quedando á favor de este los Países-Bajos españoles, el Milanesado, el reino de Nápoles y la Cerdeña.

A los dos años del tratado de Utrecht murió Luis XIV, dejando su nombre al siglo en que vivió. Sin gran fondo de instruccion, poseyó más que ningun otro monarca el tino del gobierno; elevó la autoridad real al más alto grado que tuviera nunca en Francia; creó ó perfeccionó todo lo que es grande en el orden intelectual y material de la civilizacion; quitó la supremacía política á la casa de Austria; acabó para siempre con el espíritu sedicioso de la nobleza; reunió á su corona el Franco-Condado y una parte considerable de Flandes, y últimamente, aseguró á Francia, con la alianza perpétua de España, el medio de conservar el lugar que la pertenecía en Europa.

Fernando III sobrevivió algun tiempo al tratado de Westfalia, que dió fin á la desastrosa guerra de treinta años. Su hijo Leopoldo se atrajo sobre sí otras dos guerras: la guerra general de Europa, movida por la Francia durante el reinado de Luis XIV, y terminada por la paz de Riswick, y la guerra de sucesion de España á la muerte de su rey Carlos II, último de la dinastía austriaca. Además de estas guerras, hubo de sostener otras, principalmente contra los turcos, siendo notables como hechos de armas: la batalla de Viena, á vista de la misma poblacion, batalla la más célebre de aquel siglo, ya por la grandeza del triunfo conseguido por los austriacos, como por la importancia de los resultados; y la toma de Buda y de Belgrado. Leopoldo, para asegurar la conquista de la Hungría, reunió los Estados de este reino y los obligó á admitir cinco proposiciones, cuyo objeto era que renunciasen el derecho de elegir á sus monarcas.

Después de Leopoldo, subió al trono su hijo José I; heredó de su padre con el imperio la guerra de sucesion de España, favoreciendo á su hermano el archiduque Carlos, que había sido proclamado por los aliados rey de España, en contra de Felipe V, nieto de Luis XIV. Murió sin dar fin á esta guerra, siendo su muerte una de las causas que contribuyeron á terminarla con el tratado de Utrecht.

A pesar de haberse separado de la liga la Inglaterra, porque el ser ahora Carlos emperador de Alemania destruía completamente los



motivos que había tenido para ayudarle en la guerra de sucesion, la continuó, sin embargo, hasta que la desgraciada batalla de Denain le convenció de que no podía luchar él solo contra Francia. Admitió el tratado de Utrecht como un armisticio, y no se arregló con la Francia sino al año siguiente en el tratado de Rastadt, y no reconoció á Felipe V por rey de España sino hasta el tratado de Viena, hecho por Riperdá; y aun así, para cumplir este tratado, fué necesario que le obligasen la Inglaterra y la Holanda, sus aliados por el tratado de Sevilla.

Carlos VI, no teniendo sucesion de varon, publicó una *pragmática-sancion*, en que se establecía la sucesion directa al imperio para varones y hembras, extendiendo este derecho á todos los otros Estados hereditarios de la casa de Austria, cualesquiera que fuesen las reglas antiguas de sucesion en cada uno de ellos. Y como este sistema podía hallar oposicion, todas las miras de su política se encaminaron á hacer reconocer á las potencias de Europa por heredera de sus Estados á su hija mayor María Teresa, casada con Francisco, duque de Lorena. Últimamente, Carlos VI, en la guerra de sucesion de Polonia, sostuvo las pretensiones del elector de Sajonia, acarreándose una guerra por esta causa con la Francia, en la cual perdió el Milanesado.

María Teresa, con arreglo á la pragmática, fué reconocida por soberana de los Estados hereditarios de su padre. Los electores de Baviera y de Sajonia, el rey de España y el de Prusia protestaron contra la toma de posesion, alegando derechos á varios Estados. Este fué el origen de una guerra general, que duró ocho años, y en la que tomaron parte: á favor de María Teresa, Inglaterra, Holanda, Saboya y Rusia; y contra ella, Francia, España, Baviera, Nápoles y Prusia.

Federico de Prusia rompió la guerra invadiendo la Silesia y ganando la batalla de Mollwitz. Las primeras campañas fueron contrarias á María Teresa, que vió proclamar emperador al elector de Baviera, con el nombre de Carlos VII, en los ejércitos franceses. Obligada á abandonar á Viena, se fué á Hungría, reunió

los Estados en Presburgo, y supo interesar á los valientes húngaros y magyares: á ellos debió el triunfo, y á ellos debe quizá hoy el imperio la casa reinante. Con la muerte del elector de Baviera, Carlos VII, concluye el primer período de esta guerra.

María Teresa tuvo más fortuna en este segundo período, porque el hijo del nuevo elector de Baviera renunció los derechos que pudiera tener á la corona imperial, é hizo la paz con la emperatriz; y en ese mismo período se libró de su más terrible enemigo, el rey de Prusia, por el tratado de Dresde, mediante á que el Austria le cedió la Silesia y el condado de Glatz. El tratado de Aquisgran puso fin á esta guerra, reconociendo á María Teresa sucesora en el imperio de su padre, y cediendo al infante de España, D. Felipe, los Estados de Parma, Plasencia y Guastala; las demás potencias beligerantes se restituyeron mutuamente las plazas y territorios conquistados.

La paz de Aquisgran aseguró á María Teresa el imperio, mas no destruyó los gérmenes de la guerra. La posesion de la Silesia fué el origen de la guerra de siete años entre la Prusia y el Austria. Las demás naciones aliadas de la Prusia y el Austria tuvieron sus motivos particulares, sobre todo la Inglaterra, cuya idea era destruir el comercio de la Francia. En esta guerra se vió por primera vez á la Francia unirse estrechamente al Austria por el tratado de Versalles, después de una enemistad de tres siglos. Pelearon además á favor del Austria Rusia, Sajonia y Suecia.

Empezó la guerra en 1756. La Prusia debía sucumbir en ella, porque era un Estado apenas constituido y peleaba contra cinco potencias, y porque el auxilio de sola la Inglaterra ofrecía pocos recursos para una guerra continental. En efecto, la batalla de Kunersdorf, que puso en poder de sus enemigos toda la Prusia hasta Berlin, debía al parecer terminarla, cuando inesperadamente salvó á Federico la desunion de sus contrarios, y de sus resultas la Prusia fué evacuada.

La guerra continuó, sin embargo, hasta que la muerte de Isabel, emperatriz de Rusia, debilitó el partido del Austria. El nuevo empera-